



CÁRITAS PARROQUIAL



Cuidado con los disfraces de la caridad

Ante las gravísimas desigualdades sociales, somos muchos los cristianos y las personas de buena voluntad que nos preguntamos ¿qué podemos hacer?

Formularse la pregunta es ya una señal de buena voluntad, pero que hemos de analizar más a fondo, porque puede significar que realmente queremos ser consecuentes con nuestra fe cristiana o, quién sabe, si es una actitud camuflada de que al ser todo tan complicado, no es posible hacer nada. Y nos quedamos sólo con un buen deseo, pero que no puede justificarnos ni ante Dios ni ante los hombres. En el Evangelio encontramos esta misma pregunta, formulada a Jesús por una persona que quería saber quién era su prójimo necesitado. Y qué había que hacer ante su necesidad. Jesús le expone la parábola del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37).

Debemos saber con claridad en qué consiste la caridad cristiana para no dejar margen a la sospecha que puede poner en tela de juicio o encubrir la justicia. Caridad y Justicia son inseparables.

Convertirse a Dios supone convertirse al hermano, la caridad exige la justicia, a la vez que la justicia alcanza su plenitud en el amor. Y amar al prójimo, ¿no debe significar, ante todo, que debemos respetar su dignidad y defender sus derechos? Sin olvidar que, en nuestra sociedad, el anuncio del evangelio del amor al prójimo solo es creíble si los derechos fundamentales de la persona son respetados.

Una de las tentaciones, puede ser la de quedarnos en unas relaciones interpersonales gratificantes, pero pasando de largo ante los hermanos necesitados. O sentir una compasión que no llega a reaccionar; un lamento estéril ante las condiciones humillantes de los hermanos. O pres-

tar atención a las necesidades individuales, pero dejando intactas las causas permanentes que están dando lugar a esas situaciones de injusticia. O ser cristianos de compromisos puntuales que olvidan que el amor cristiano, por ser participación del amor de Dios, es permanente, y que todo lo excusa y lo aguanta (Cf. 1 Cor 13, 1-13). Conviene acercarnos al Evangelio para comprobar que la presencia de Jesús junto a los pobres no es un gesto aislado, sino continuo.

En una palabra, la caridad para el cristiano no es sólo un hacer, sino su modo de ser, determinado por la condición de discípulo del Señor. Ser sencillos y austeros, teniendo como norma de vida el compartir, renunciando a todo gasto suntuoso que es ofensa para el hermano y cultivando el discernimiento de lo que realmente es tenido como necesario en esta sociedad de consumo que olvida las verdaderas necesidades de los hermanos.

Quienes participamos en la Eucaristía, cuyo significado profundo es la entrega de Cristo hasta dar la vida por nosotros, no podemos caer en la grave contradicción que denuncia el apóstol Pablo a la comunidad de Corinto (1 Cor 11, 17-34). Ser cristiano es un modo de ser que es pura gracia de Dios que hay que pedir con humildad y agradecer cada día, poniéndola en práctica.

Caritas

Hacer lo mismo que el Buen Samaritano, para nosotros, consiste en reaccionar sin rodeos, ante la necesidad, miseria, injusticia, o exclusión de los hermanos, con una respuesta total.

**JAVIER OSÉS. Obispo de Huesca
Presidente de la C. E. Pastoral Social**

